



MALAUVA

Carmen Muñoz Ariza

MALAUVA



Primera edición: enero 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carmen Muñoz Ariza

ISBN: 978-84-10082-60-1

ISBN digital: 978-84-10082-61-8

Depósito legal: M-2002-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para Conchita, Miguel Ángel, Alejandro, Carmen y la tía Mari.

CAPÍTULO 1

No me creyeron, cuando les dije que él no había sido no me creyeron. Sé que me miraron con compasión, pude sentir sus ojos clavándose en los míos con piedad. Cómo creer a una invidente. Me dieron la espalda y siguieron a sus asuntos, es decir, dando palos de ciego, y eso que les juré que aquella madrugada Lázaro pasó por delante de mi puerta golpeando con la vara los cuartos traseros de la Tana. No dormía yo esa noche de agosto, ni otras parecidas. Nadie puede entender que para mí el ruido era ensordecedor, las cigarras iban enmudeciendo poco a poco pero pronto los pájaros tomarían el relevo, entre unas y otros un breve espacio de silencio roto aquel alba por el lento caminar del Lázaro y su vaca. Les oí pasar por el camino de tierra a través de la ventana de mi cuarto abierta de par en par. Al cabo de unos minutos una invisible nube de polvo me dio en la cara y me picó en la garganta: la Tana levantaba mucho los cascos cuando andaba, Lázaro no, siempre ha sido de pasitos cortos, como sus pies. Yo les expliqué todo esto a los guardias civiles ya entrado el día, cuando ya todos «sabían» quién mató a Malauva porque muchos escucharon, como yo, la negra amenaza bajo la luz blanca de la luna.

—A ver, Rosalía —empezó el sargento con tono de paciencia infinita y conmiseración suma— me dices que anoche, en la cama, a través de la ventana, escuchaste pasar al sospechoso seguido de una vaca y que no podía ser otro que aquél ¿no es cierto? —yo asentí— que no puede ser otro hombre y otra vaca los que circularan en ese momento.

—Sí, señor, eso es.

—A ver, Rosalía —cuando dijo esto creo que se arrepintió porque estaba hablando con quien no podía hacerlo— ¿la vaca llevaba cencerro?

—No, señor, cosa rara.

—¿Y cómo puedes estar segura de que era una vaca, es más, la vaca que el tal Lázaro llevaba de un lugar a otro?

Está claro que no hay más ciego que el que no quiere ver, y eso le ocurría al sargento. De nada sirvió explicarle que conocía a Lázaro desde la cuna, que aprendimos a andar a la vez y a correr, que cuando estaba enfadado pisaba la tierra con fuerza y cuando andaba preocupado sin ganas de entrar en casa porque le esperaba la correa de su padre arrastraba los pies y los levantaba separando los dedos, que sus pasos eran cortos y saltarines como si estuviera buscando siempre una mata para orinar con urgencia. Y la Tana, la Tana no andaba al paso sino que echaba rápidamente las dos patas delanteras y después, mucho después, las dos traseras, más lentamente. Tenía ritmo y una cadencia lánguida en sus pezuñas. A la Tana la vi entre luces, pero a Lázaro como alumbrado por el sol, porque no siempre fui ciega.

Lo que me provocaba el insomnio no era el calor, ni las cigarras, ni los crujidos del pueblo y de las bestias nocturnas, sino un olor que me espabiló toda y alborotó sin remedio mi corazón dormido, lo único que dormía en mí. Yo vivía, y sigo haciéndolo, en una de las últimas casas, cerca de los campos, donde muchos levantaban establos para guardar ovejas y vacas. Estos me traían efluvios a sembrados, a tierra mojada, a alfalfa, a todo lo que nacía de ellos. El campanario de la iglesia me daba el paso de las horas. Yo imaginaba a un ser desvelado tirando de la sogá a cada rato para molestar el sueño de los demás. Y era entonces cuando, a veces, al amparo del estruendo de la campana que amortiguaba otros ruidos sentía ese aroma que reclamaba toda mi atención y ya no podía pegar ojo. Por eso estaba despierta cuando pasó Lázaro con la Tana rumbo a los corrales.

Bernardo olía a hombre, a todos los hombres, al único hombre, a todo lo bueno de un hombre, y a hierbas. De pequeños, los chicos y chicas nos bañábamos en la balsa. Bernardo siempre saltaba el primero, luego se secaba al sol y buscaba romero, tomillo, salvia, hinojo por los alrededores y se frotaba el cuerpo con esas matas que aumentaban su belleza oscura y lo protegían de todo mal, menos del amor de las mujeres, del mío tampoco. Era como un ser bendecido a sí mismo, de hecho el cura asperjaba a los feligreses con esas mismas matas mojadas en agua bendita. Los curas saben mucho así que alguna razón habrá. Bernardo lo hacía inconscientemente, de los ocho a los diez años la sabiduría reside en algún lugar fuera de nosotros y desde allí toca a algunos seres especiales y Bernardo lo era, por sí mismo y para mí. Más adelante, a los catorce, quince, dieciséis, la balsa era la excusa para los primeros amores. Después de la zambullida y de secarnos al sol, le seguía como un perrillo y le ayudaba a recoger plantas. Antes de alejarse volvía la cabeza y me buscaba y allí encontraba mis ojos dispuestos a recibir la señal. Yo le frotaba la espalda con una felicidad indescriptible impregnándolo de deliciosos aromas. A veces sus músculos se tensaban y prometían una fuerza y una maravillosa virilidad cuando dejaran de ser niños por completo. Cuando su piel enrojecía yo le pasaba una mano acariciadora mientras le explicaba que llevaba una pequeña herida. Él sonreía y se dejaba hacer. Luego volvíamos con los demás. Nunca lo dijimos, pero creo que los dos supimos que esa fue nuestra manera de hacernos casi novios.

Ya nunca más pude pasear por el campo sin tenerlo presente todo el tiempo, más aún cuando la luz se me escapó y ya no pude regocijarme en su pelo moreno y espeso de rizos gordos, en el vértigo de su boca sonriente, en sus hombros anchos capaces de sostener todos los cielos, en la apostura que tenía al andar y al quedarse parado, distraído, como pensando. Para entonces ya no me miraba como antes, un día se extravió su mirada y se posó en

otros ojos. No sé si las cosas pasan una detrás de otra, lo único cierto es que, en mi caso, todo pasó a la vez, en un instante, en la plaza llena de guirnaldas y una orquesta desgranando un pasodoble. Yo esperaba que en esas fiestas se me declarara oficialmente para poder pasear de la mano a la vista de todos y que de camino a mi casa buscara el rincón más protegido para darme el primer beso en los labios. Lo vi de lejos, lo intuí más bien, sintiendo el reflejo de su aura en el pecho, mi vista hacía tiempo que me iba abandonando, al otro lado de la gente que bailaba en un caos alegre y liberador. Hizo ademán de querer aproximarse y lo hizo, unos pasos, de pronto se quedó parado con la boca abierta, como quien ve un fantasma, pero a quien vio fue a Olvido y la siguió como en trance. Yo me quedé sorda un momento, ninguna música o algabía fue capaz de atravesar mi mente, y al poco tiempo ciega para siempre. Tengo suerte de estar viva, dijeron, cuando el oculista de la capital al que me llevó mi madre habló de la posibilidad de un pequeño tumor que, afortunadamente, solo afectaba al área de la visión y que podría quedarse así, pequeño y poco violento con la ayuda de Dios, sin afectar zonas más complejas, nada más podía hacerse, con los humildes, quiero decir —qué suerte, hija mía— iba diciendo mi madre por el camino de vuelta —podría ser peor, te podrías quedar cruzada en una cama, o tonta— realmente quería consolarme —al fin y al cabo se puede llegar a ser feliz en tus circunstancias— eso me dijo, y yo la creí, igual consigo ser feliz en mis circunstancias aunque hayan pasado más de veinte años, ya no llevo la cuenta.

La oscuridad es el mejor abono para la reflexión. Después de mucho pensar llegué a la conclusión de que si me volví ciega no fue por el tumor sino por perderlo a él, y fue eso y no la ceguera lo que me ha impedido ser feliz, eso creo. Lejos de olvidar, cada hierba era una trampa en la que me caía, después de una tormenta todo el campo gritaba su nombre, los olores se convertían en colores y en recuerdos, antes felices. Bueno, entre todo lo malo doy gracias por conservar su imagen inalterada, la memoria no se evapora y

los demás sentidos acuden a suplir la pérdida. Tengo ojos en los dedos, en las orejas, en la nariz, y en el corazón, del que algunos andan tuertos, confían demasiado en esas dos esferas de colores que tienen en la cara. Han pasado muchos años y demasiadas cosas. Bernardo ha estado cerca de mí siempre, algunas sin decirme nada, pero daba igual, yo sabía que estaba allí. Lo he visto cambiar a través de su voz, del eco de sus palabras, de sus manos, en las pocas ocasiones que se han apoyado en mis hombros o en mi brazo para librarme de un mal paso, de su sudor de hombre cansado o de hombre enamorado y satisfecho. Hace mucho tiempo que sé que sufre, lo noto en la amargura de sus pocas palabras y sus silencios cargados de pesar. Lo sigo viendo hermoso y bueno, con un tumor en el alma que le roe por dentro.

Lázaro, «Amenoscuarto», como también le conocíamos en el pueblo, nunca fue un santo, tampoco un demonio. Era pendenciero, alborotador y le gustaban las faldas más que comer con los dedos. Un alma libre que solo se extraviaba bajo los efectos del tinto peleón y mal consejero, entonces se precipitaba, saltaba antes de tiempo, nunca en punto, tomaba por ofensa hasta las palabras no dichas, las miradas esquinadas, las risas que a él la parecían burlas y plantaba cara o puño, o ambas cosas, muchas veces sin razón, solo la suya. Sobrio era tranquilo, la sonrisa en la cara, buena persona siempre a pesar de sus ventoleras, esas tormentas repentinas después de las cuales su carácter se amainaba por mucho tiempo. En cuanto a mujeres, como he dicho, le gustaban todas y a todas tentó, excepto a mí, y todas le rechazaron, así que tuvo que echar el anzuelo por los alrededores. Se le daban bien las viudas maduras y algunas solteras curiosas por conocer los secretos de la vida. A su modo hacía el bien, digo yo, alegró a más de una y dio un poco de calor a muchas pieles frías de caricias. No tuvo novias, ninguna confiaba en su carácter eruptivo e impredecible. Yo sé que tuvo una pasión. Lo vi claro cuando ya no veía. Rosario era una chica rara, callada, tímida, que apenas tenía tiempo para andar por la balsa con los demás mozos y mozas los domingos por la tarde, pero

alguna vez se dejaba caer y se sentaba un poco alejada, sin hablar, sonriendo sin ruido para que nadie se fijara en ella. Yo entonces ni cuenta me daba de que Lázaro se colocaba siempre frente a ella para mirarla a gusto, bastante tenía yo con mi Bernardo y su romero. Fue mucho después, ya ciega, cuando vi los hilos invisibles que los envolvían —chica, ¿adónde vas? —le decía alguien cuando un domingo perdido se acercaba al grupo y antes de llegar se daba la vuelta— chica ¿adónde vas? —gritaba entonces Amenoscuarto con voz estirada y tensa vestida de broma. Ella se alejaba y el joven enmudecía y comenzaba a andar con las manos en los bolsillos, dando patadas a las piedras, agarrando a alguna moza para disimular, lo que provocaba el enfado de ésta y del chaval con pretensiones que salía en su defensa. Así comenzaron algunas peleas. Lázaro empezó a tener mala fama en el pueblo.

Era guapa pero ella no lo sabía, con un soberbio pelo castaño oscuro, grueso y ondulado que mantenía recogido en un moño bajo humildemente. De la noche a la mañana se espigó como una lechuga al sol, con restos de infancia regordeta, una joven que podía tirar hacia la perfección o el abandono. No tuvimos ocasión de comprobarlo. Desapareció la noche en que mataron al Malauva. El estruendo del asesinato silenció la ausencia de Rosario. Pronto se olvidaron de ella, tan seria, tan poca cosa, poco más que unas manos sujetas sobre un delantal, unos ojos tímidos y curiosos a la vez y una sonrisa de labios apretados que sujetaban la risa y las palabras para que nadie se fijara en ella, y nadie reparó, únicamente Lázaro, que siempre la miraba como mira la raposa un corral de gallinas, pero con un punto de amor en las pupilas.

Aquella noche hubiera sido igual que todas si no guardara el eco de lo sucedido hacía un rato a la vista de todos menos la mía. La campana desbaratando el sueño de los más tempraneros en irse a dormir, golpeando las estrellas que temblaban en el aire negro. Al punto un olor a monte y a jabón entraba en mi cuarto y conseguía lo que no habían conseguido los toques en las tinieblas. Eran las

tres de la mañana y la puerta que se abre entre un mundo y otro, sea cual sea, estaba abierta, para mí entre el presente y el pasado, y apareció mi fantasma: Bernardo. Creía que no hacía ruido, y era casi cierto, también cree la mariposa que no levanta viento. Tenía que ser cosa del destino porque todo confabulaba a su favor. Mi casa era una de las pocas que estaban habitadas en la calle y la mayoría de las tapias eran de corrales o pequeñas huertas dentro de las propias viviendas. En algunas moraban viejecitas ajenas ya a este mundo que esperaban reunirse pronto con sus difuntos y en otras la puerta se resquebrajaba y la cerradura se cubría de orín. Por mi calle comenzaba a deshilacharse el pueblo.

El olor a hierbas venía acompañado de un rumor de pisadas y respiración agitada. Se paraba unos metros por delante, en una tapia agobiada de hiedra y madreselva que se descolgaban hasta el suelo. Bernardo desaparecía entre la maleza que ocultaba una pared desdentada por donde se metía para alcanzar un patio con losas de piedra, luego unas escaleras con baranda de hierro y algún clavo suelto que se chivaba del intruso, a continuación una puerta abierta que se cerraba tras su paso con un picaporte y unas bisagras mudas para cualquiera que no fuera ciega y enamorada de ese hombre. Al final del camino se abrían unos brazos. Yo me angustiaba entonces, cuando sabía lo que estaba pasando y los grillos apagaban los ruidos del amor. Tuve celos de Olvido desde el mismo instante en que pasó por delante de Bernardo cambiando el rumbo de sus ojos, y mi futuro.

Traía locos a la mayor parte de los mozos. Todos decían que era bella. A mí no me lo pareció, a mí me pareció un espectro. Enseguida supe que había perdido. Miraba y conquistaba hombres y voluntades, y los ponía a su servicio. No era mala, era así, simplemente, cada cual nace con unas prendas. Afortunadamente, es un decir, pronto dejé de verla y a Bernardo beber los vientos por ella. También la conocía por su olor a almendras amargas, como su alma, mezclado con jazmín. La recuerdo como era entonces, cuando la conocí. Teníamos la misma edad en el calendario pero ella

hacía tiempo que era una mujer hecha y derecha, y lo sabía. Aparte de su belleza, discutible, creo que esa madurez formaba parte de su irresistible atractivo. Por lo demás, la mayor parte de su encanto residía en una larga melena oscura y brillante que ondeaba hasta su cintura, en unos ojos grandes y redondos de un verde claro que le daban ese aire de inocencia equívoca y un mohín indescifrable. Hace muchos años que no sonrío.

Sumida en el desvelo estaba yo la noche en que mataron a Malauva, los oídos alerta para conocer el fin de aquella cita. Serían más de las cinco, el negro se volvía morado, comenzaba a refrescar y a levantarse voladas de aire. Todavía seguía allí, un rastro dulzón de tabaco salió de su boca y al poco se metió en mi nariz transportada por el viento. Fumaba, pensé, apoyado en la ventana del dormitorio de Olvido, asomado de refilón a la calle, en lo oscuro. Aspiré muy hondo ese aliento peregrino con restos de besos. Un sonido acompasado se iba acercando a la vez, Lázaro acariciando con la vara la piel dura de la Tana. Un disparo seco, amortiguado por cien paredes cortó el aire. El hombre y la vaca interrumpieron un momento su monótono ritmo, después continuaron dibujando pisadas en el polvo.

CAPÍTULO 2

Santiago «Malauva» no dormía. Hasta su dormitorio llegaban los sonidos del exterior. Su casa ocupaba un lateral de la plaza, al lado de la iglesia. Vivía solo y aun así se molestaba a sí mismo. La única compañía era la de Rosario, que se ocupaba de las faenas y de él muy a su pesar, entre aquellos muros incluso la soledad salía huyendo por no estar en compañía de Santiago «Malauva». Tuvo que ser ella y nadie más la que entrara a su servicio, ninguna otra valía a sus ojos como aquella moza alta, regordeta y callada con aire de desamparo que trabajaba invocando conjuros de invisibilidad para no toparse con él pero que fallaban casi siempre. Tenía catorce años cuando comenzó a servir al hombre, seis años atrás, cuando volvió a aparecer después de muchos de ausencia.

Se levantó de la cama y miró a través de los cristales que formaban una cuadrícula en el balcón. Cada uno le devolvía una escena fantasmal, siluetas moviéndose a la pálida claridad de la luna llena. En uno de los cristales vio dos figuras estáticas, las conocía desde hacía medio siglo, y ellas a él, los tres habían nacido casi a la vez que el siglo XX. Abajo, sentadas en un banco, Ignacia y Felicidad dejaban pasar las horas. Un perro ladraba al compás de un cerro. La luna se reflejaba en los adoquines nuevos y lustrosos y un brillo plateado lo inundaba todo. Algunas nubes cruzaban por el cielo como fría amenaza arrastrando grises velos y una caricia húmeda que pronto se disipaba. Era sábado, pronto domingo, no había prisa por dormir, la única faena del día siguiente era la misa de doce. No sería la fe lo que llevaría a la mayoría, sobre todo a los

jóvenes, a tragar el sermón dominical, sino la oportunidad de continuar abonando a la salida las idas y venidas de los corazones. No sabían entonces que las campanas tocarían a muerto ni que algunas vidas habrían cambiado para siempre.

Ignacia y Felicidad vivían pegadas la una a la otra desde pequeñas, más aún después de enviudar, cosa que hicieron pronto, y en algún momento habían creído que esta unión se reforzaría con lazos familiares, Rosalía y Bernardo, sus respectivos hijos, parecían llevar camino de algo serio. Desde luego ya no lo parecía, allí, en la plaza, Bernardo estaba como ausente, lejos del resto de mozas y mozos que reían y hablaban a gritos molestando al Malauva, el apodo hablaba por sí mismo, detrás de su balcón de espinas. Y el perro que no cesaba de ladrar cansino, y el cencerro que no dejaba de sonar como la campana de las horas infinitas. Lástima de Rosalía, tan bonita, tan buena, que de un día para otro fue perdiendo la visión. Veía por una rendija, un hilo de luz borroso al que se sujetaba para seguir viviendo superando las limitaciones y que le abrió un ojo enorme en la boca del estómago. Ignacia no se hizo nunca muchas ilusiones al respecto de la pareja. Siempre dejaba abierta la posibilidad de equivocarse, pero ella sabía las cosas. Cuántos jarros de agua fría había echado sobre la cabeza de Felicidad, alguno tan destemplado que su nombre se volvió absurdo en su cara. El más frío de todos, cuando le dijo que Santiago no sería para ella ni para ninguna, que un cruce del destino cortaría esa unión, pero que él estaría siempre encadenado al recuerdo de una mujer y que ella se casaría con otro. Nada pudo reparar los sueños rotos de la entonces joven, ni la futura boda ni creer que ella viviría para siempre en el recuerdo de su amor imposible. Maldecía todos los cruces de todos los destinos que deshacían los caminos de las chicas enamoradas. Todo aquello ocurrió muchos años atrás y todo pasó como Ignacia pronosticó pero ahora era ella la que sabía cosas, sabía qué cruce del destino la había separado del hombre y tal vez con ello la había salvado. También sabía de la mujer a cuyo recuerdo seguiría atado. Jamás le dijo nada a su amiga, tampoco que ella misma seguía encadenada a ese recuerdo.

Dejó a Canelo ladrando, como siempre que salía después de cenar dejándolo solo sin poder acurrucarse a sus pies al lado del fuego, despertando el plácido sueño de la Tana. Para Lázaro, el perro y la vaca eran su familia, sobre todo el primero, familia, amigo y compañero de caza. Ninguno como él. Cuántas veces había querido comprárselo Malauva, las mismas que él se había negado. Y no era lo único que le envidiaba Santiago: la viña, eso sí que corroía al viejo, incapaz de alcanzar la misma calidad de uva a pesar de que las tierras de ambos estaban pegadas. No era la tierra, acaso, la que marcaba la diferencia. La viña se riega con los ojos, con el corazón, con el pensamiento, pensaba Lázaro. Con una sonrisa llegó a la plaza, dispuesto a pasear sus manos por donde le dejaran las chicas, y más allá, si la suerte le guiñaba un ojo. Pronto vio a Rosalía, sentada en un muro bajo con unas amigas, como pajaritos esperando migas. Algunos chicos iban y venían, y se paraban, y se daban empujones, y ellas reían, y vuelta a empezar. A Lázaro le parecía poco ese cortejo insulso. Él sabía lo que querían las mujeres, lo que buscaban en un hombre, aunque no esas, que todavía no lo eran, si lo sabría él, solo lo parecían. Había otras que ya no esperaban miguitas en su rama porque ya no tenían rama a la que agarrarse, ni pan de futuro como esas muchachas nocturnas. Pero aquella noche tocaba únicamente ronda, desfile y algún escarceo que parecía escandalizar a más de una y ponía en guardia a sus galanes de medio pelo. De toda aquella agua que dejaba correr solo le importaba la ciega, Rosalía, que miraba viendo sombras, el cuerpo erguido hacia el infinito, una media sonrisa y en las manos un bastón que él mismo le había tallado, con su nombre, por si lo perdía y el que lo encontrara no sabía de quién era, aunque era la única ciega del lugar. Se acercó a ella, la cogió de la cintura y la hizo volar entre sus brazos alzándola al aire como a una niña pequeña. Su larga trenza trigueña parecía la cola de una cometa al viento. El suyo era un cariño eterno porque no dependía del capricho del corazón ni de las ansias de la sangre. Eran dos trozos de la misma

cosa, totalmente diferentes, que se acoplaban entre sí y se regocijaban de rozar sus almas, la de ella blanca y brillante, tan leve que parecía a punto de desvanecerse, con un pequeño punto borroso y oscuro, como una pena, la de él tan espesa que parecía enraizada a la tierra, de un color de monte y tormenta. Se atraían sin saberlo para trasvasar de uno a otro excesos y carencias. Cuando estaban juntos el mundo con todas sus cosas estaba en paz. También se daba cuenta de ello Ignacia. Le reconfortaba saber que siempre sería así, que su hija no estaría nunca desamparada si ella faltase, aunque daba por hecho que su vida sería larga por herencia familiar y por decisión propia. Sentada en la noche en aquel banco de la plaza parecía controlar el curso de las estrellas, el pañuelo sobre el pecho, bien sujeto entre los brazos cruzados. Tenía algo de fuerza de la naturaleza, mujer recia de gesto serio que guardaba dentro fuentes de agua dulce y cristalina, plácidos lagos y diluvios universales. A su lado, Felicidad contrastaba como blanco sobre negro: menuda y frágil, ligeramente encorvada sobre sí misma, como si buscara un pendiente perdido o su cabeza se inclinara ante el peso de algo que hubieran visto sus grandes y melancólicos ojos azules. La verdad es que cambió de la noche a la mañana, Ignacia se dio cuenta de que aquella ya no era la misma chica que bebía los vientos por Santiago y toda ella vibraba de emoción solo con oír su nombre. Nunca fue por completo ella otra vez y su amiga tuvo que volver a conocerla y reconocerla. Hacía muchos años de aquello, las dos eran solteras y únicamente Felicidad tenía un asomo de novio, un asomo al que aún no le decían Malauva. Fue por la misma época en que desapareció Balbina y nunca más se supo de ella. También Santiago se fue, era septiembre, momento para retomar sus estudios de perito agrónomo, dilatados *sine die*. En el pueblo nadie quiso pensar en la posibilidad de que se hubieran fugado, no había motivo, era impensable, Balbina, tan modosa y discreta, tan piadosa, pero cuando la carrera del joven se convirtió en un maratón sin fin algunas lenguas fueron tejiendo hilos de sospecha como finas telarañas que enseguida deshacían y olvidaban. La buscaron durante semanas.

Todos los caminos conducían a la balsa, un meandro abandonado del río del que se contaban viejas historias que pasaban de generación en generación como una crónica negra. La balsa era el pozo de las miserias donde se lavaba la parte oscura de aquellas gentes, se hundían para siempre los recuerdos que no querían ser recordados y los sucesos que no tenían explicación. Allí convivían pequeños peces atrapados con las almas de los ahogados.

Cuando regresó era un desconocido, más que eso, un sospechoso para la mitad de los vecinos, la otra mitad nació después de los hechos o eran unos niños por entonces y para ellos la leyenda de Balbina no era más que un cuento oscuro que las viejas sacaban a calentar a las brasas de la chimenea en invierno. Nadie le dijo nada pero Santiago sentía todas las preguntas, teorías y murmuraciones como puñales a su alrededor. Volvió con la mirada agria, el rictus amargo, y un color parduzco en su aura lo envolvía como un sudario. Tomó posesión de la herencia de sus padres, esa casa de piedra centenaria, muchas hectáreas de cultivo y la pequeña bodega de vino de su propia cosecha, que hubiera sido el mejor vino de la comarca si un impertinente mozo no le arrancara ese título año tras año con unos pocos hectolitros de pura ambrosía. No sabía dónde residía la magia: la misma tierra, las mismas uvas. Cuando hablaban de ello, Lázaro siempre decía que con «mala uva» no se puede hacer buen vino, que los granos se encogían en los sarmientos cuando el hombre se acercaba a ellos. Eso decía, y sería verdad, de algún modo, lo cierto es que de tanto decirlo en el pueblo casi se olvidaron de su nombre, para todos fue ya «Malauva».

Detrás del balcón Santiago comenzaba a echar humo. No soportaba la insulsa algarabía de los jóvenes, ni el destello de la luna, que se empeñaba en dejar a la luz la felicidad de otros, ni las figuras quietas de las dos mujeres que le recordaban el paso del tiempo y otras cosas inconfesables, ni la insistencia del maldito perro y su eco de campana. De una esquina vio salir a Rosario, su criada, y quedarse apoyada mirando al grupo de jóvenes, parecía no querer

acercarse, siempre había sido tímida y callada. Notó que esperaba, nerviosa, hasta que en un momento su mirada se cruzó con la de Lázaro y este se puso serio. Dejó a Rosalía de nuevo sentada en el muro bajo y con pasos arrastrados, como si no quisiera ir, se acercó a la chica. Estuvieron hablando entre sombras, escondidos del foco lunar y de la gente, de todos excepto del Malauva y de Ignacia, que parecía la centinela de las cosas invisibles. La conversación acabó bruscamente y aquella esquina fue abandonada. Rosario se dio la vuelta y desapareció en la oscuridad, Lázaro cambió rápidamente el gesto y pintó una sonrisa. Se reunió con el grupo y se esforzó por parecer uno más.

A Felicidad le dio por levantar la vista. No lo habría hecho de saber que iba a encontrarse con el rostro de su perdición en el primer piso de la vieja casa, detrás de unos cristales que lo difuminaban hasta convertirlo en una aparición. Así era siempre para la mujer. El peso del recuerdo era, desde que había vuelto, el tormento del presente y le angustiaba pensar que seguiría siendo siempre así. El reflejo de la luna en su cara ocultó su verdadera palidez, rápidamente bajó la vista y volvió a buscar un poco de paz por el suelo. No la encontró, se agitaba en el banco al lado de su amiga pegándose un poco a ella para cobijarse bajo su fuerza protectora. Ya no pudo dejar de observar furtivamente ese balcón con su carga de demonios propios y ajenos. A su lado Ignacia le hablaba pero ella no la escuchaba, hasta que se dio cuenta y entendiendo lo que pasaba miró a su vez hacia el ventanal que aparecía desierto y oscuro.

—No mires, no, que no está allí el Malauva —dijo Ignacia.

—No lo llames así —contestó Felicidad.

—Mejor Malauva que Santiago, que es nombre de santo.

Era cierto, el apodo le sentaba como un guante, pero ella jamás se refirió a él de aquella manera y casi de ninguna otra. Nunca le nombraba si podía, si surgía en una conversación o se lo encontraba de bruces por la calle se tragaba las palabras, que se le quedaban en la garganta formando un nudo, luego corría a su casa para tirar de ellas a fuerza de lágrimas.

—Hasta hace un segundo estaba —replicó.

—Pues se ha ido a dormir, y nosotras también ¿eh?, que menudo follón están montando esta noche los chavales, incluso mi hija está alborotada, claro que con Lázaro no puede haber fiesta tranquila, menos Bernardo, que no sé qué le pasa, allí solo y distraído esperando la salida del sol, queriendo pasar inadvertido, como si fuera posible con la noche tan clara que hace. Desde luego que en lo que respecta a tu hijo tengo ojos en el cogote, y Rosalía también —enseguida se arrepintió de ese comentario—. Esta noche no duermen ni los perros —terminó. Se levantaron dispuestas a irse cuando pasó lo que pasó.

Malauva apretó los puños, se vistió apresuradamente y fue escaleras abajo. Ya había visto y oído demasiado: esa cantinela desquiciante de los animales desvelados y el maldito de su amo de aquí para allá metiendo las narices entre la ciega y su criada. «Muerto el perro se acabó la rabia» dijo para sí, por lo menos la rabia de ese instante. Salió por una puerta trasera. Al cabo de un rato entró en la plaza sacando pecho, la sonrisa torcida y veneno en la voz. Se acercó a Lázaro.

—Oye, tú —le espetó.

Todas las miradas se volvieron hacia ese lugar. Incluso las nubes ocultaron un momento la blanca luminaria y chocaron entre ellas haciendo saltar un relámpago. El joven se volvió sorprendido hacia esa voz destemplada.

—¿Qué pasa? —se puso en guardia.

—Hace buena noche, escucha cómo cantan los grillos.

Aquello le pareció absurdo a Lázaro pero prestó atención.

—Lo que no se oye es ese chucho tuyo.

El chico se dio cuenta en ese momento de que algo faltaba y ese algo era la compañía sonora de Canelo a lo lejos. El Malauva continuó.

—No te esfuerces, no lo vas a escuchar nunca más, por mis cojones, y más te vale que te lleves lejos a la vaca no vaya a ser que también deje de dar mal para siempre.

Como un resorte salió disparado el muchacho hacia su casa con un funesto presentimiento que no tardó en hacerse realidad. Lo encontró en el corral agonizante, en el suelo unos trozos de carne que él no le había dado. La Tana mugía suavemente como si quisiera confesarle lo sucedido a su amo: que un hombre había entrado y se había acercado al animal con buenas palabras y malas intenciones en forma de comida envenenada. Lo apretó contra su pecho y acarició su pelo corto de color canela, sus orejas largas y suaves y el hocico húmedo que no dejó pasar nunca un barrunto de perdiz en el viento. No pudo hacer nada por salvarlo, demasiado tarde. Con Canelo se iba el último vestigio de su padre, fallecido cuando no era más que un adolescente, su madre no superó el parto. En cuanto se dio cuenta del temperamento excesivo de su hijo, esos arrebatos que tan pronto lo lanzaban hacia arriba como abajo como enfrente, hacia los otros chavales, y eso era lo que más preocupaba al progenitor, intentó encauzar su carácter huérfano e impulsivo hacia la caza con la esperanza de que el cansancio físico y los trofeos aplacaran esa necesidad de reñir con todos porque no sabía cómo reñir con el destino que tan pobre de amor lo había dejado en este mundo. El padre eligió el cachorro más bonito de una camada y se lo entregó al hijo junto con una escopeta de perdigones. Murió cuando Lázaro tenía quince años dejándole como herencia una huerta, un corral de gallinas, el pequeño viñedo, la vaca y el perro, con ese nombre que él mismo le había puesto.

Se quedó sentado en el suelo, abrazado al perro, sintiendo cómo casi todo en su vida era pasado, arena que iba a engrosar las dunas del tiempo. Se vació de pena y se llenó de una ira granate y negra que le subió por los pies hasta cegarle los ojos. Dejó a Canelo en el suelo, cerró los puños y sintió que los colmillos se le afilaban en la boca. Volvió donde todos esperaban en silencio, nadie se había movido del sitio, tan solo Malauva, que volvió a encerrarse tras el balcón sintiendo un pacífico silencio. El mozo llegó a la plaza y no lo encontró. Comenzó a blasfemar y maldecir. Algunos, incluidas las dos mujeres, quisieron apaciguarlo pero él se revolvió

como una fiera. Rosario salió de las sombras y miró fijamente la escena. Buscando por todas partes, Lázaro encontró unas piedras y con todas sus fuerzas las arrojó contra los cristales que estallaron violentamente.

—¡Te mataré! —aulló.

Aquellas dos palabras sonaron como la firma de un juez al pie de una sentencia. Un rayo en el campanario puso la rúbrica y envolvió a todos los presentes en un lazo que no pudieron desatar. Pasó el tiempo en el pueblo, pero algunas vidas salieron disparadas en todas direcciones. Una joven desapareció.

CAPÍTULO 3

Había dejado de soñar con ese momento, de imaginar el triunfo de su inocencia, la reparación del mal. No era más que otro olvidado del mundo, sin embargo, alguien había confesado. Fuera de la cárcel otra persona cumplía condena también, tal vez peor, pensó Lázaro. La suya era de inocencia y desesperanza, la otra, de pecado y remordimiento. Siempre hay quien sufre más que uno —siguió pensando—. Nunca imaginó lo que haría cuando saliera porque sería viejo y porque fuera de aquellos ladrillos colorados todo sería negro. Se sentía como un libro al que hubieran arrancado todas las hojas del centro excepto el primer capítulo y el último. El primero ya lo conocía, se había agarrado tanto a él, vivió tanto en su recuerdo, que imaginaba esos paisajes marchitos y amarillentos por no haber podido labrarlos con su mirada ni regarlos con sus pensamientos. El último lo ignoraba pero no le daba miedo, no podía ser peor que cruzar veinte años el vacío, acaso por sus pies, siempre había sido delicado de pies. Ni las rocas ni los montes ni los largos paseos con su perro los fortalecieron. Tendría que aprender de nuevo a andar sobre otras superficies que no fueran cemento y a mirar más allá de una pared, abrir los ojos al viento sin cerrajas, a enfocar águilas, aclimatarse a los vaivenes del sol y las tormentas. Todo eso. Pero lo peor era que aún no era lo suficientemente viejo como para no desear nada y dar la vida por zanjada.

Salió del despacho del director aturdido y enfiló el pasillo que lo devolvía a su celda dudando por qué camino seguir. No estaba prevista, la libertad. Se sentía desabrigado, ¿qué mes era?, abril,

era abril, a pesar de que los gruesos muros impedían su entrada. Seguro que allá los campos se moteaban de rojo, si se daba prisa todavía podría ver amapolas. Hacía veinte años que no veía amapolas. Hacía veinte años que una flor no era más que un dibujo en un papel, y él no pintaba. Entró en la celda que compartía con Silvio, su compañero de los últimos cinco años, un hombre de buena familia venida a menos y de delincuencia venida a más, que nunca tuvo necesidad de delinquir, bueno sí, pero eso es algo que pocos entienden, solamente aquellos cuya alma serpentina se tensa ante un padre demasiado recto. Lo primero rebelarse, lo segundo huir, lo tercero ya se verá, aunque, quizás, el padre fuera un buen padre y él un hijo no tan bueno, quizás, de la adversidad nacen héroes y villanos. En todo aquel tiempo compartido jamás le había visto esa expresión: Lázaro allí, de pie, los ojos fijos en ninguna parte, abiertos como los de un niño que ve el mar por primera vez. No había visto nunca el mar pero lo conocía a través de Silvio, que había gozado de él durante mucho tiempo subido a su lomo, haciendo rayas en su superficie con la proa de muchos barcos. Se hicieron amigos, el mar y Silvio, tanto, que el alma líquida del océano le contó sus secretos, también las estrellas le susurraron verdades pintando caminos celestes en las noches de calma, aguas adentro, a solas él con ellas y el agua. Puede decirse que le salvaron como hombre, pero no pudieron librarle del presidio, esas son otras cuentas. Luego, el marino compartió con su compañero viajes lejanos, islas remotas, mujeres gozadas. Allí se encontraban, en las mujeres, de las que conocían todos sus rincones menos los de su alma. Las mujeres, y los animales, amor sin palabras, que cada uno de los dos tuvieron.

—¿Te encuentras bien? —el marino preso se acercó a su compañero y lo agarró del brazo. No hacía falta, Lázaro estaba todavía bien sujeto por las raíces de la cárcel.

—No lo sé.

—¿Y ese papel?

—No lo sé —se quedó callado como un muerto— algo bueno, supongo, o algo terriblemente malo, ¿lo sabes tú?

—¿Qué?

—Si quedan amapolas en los campos.

Cuando lo encerraron no era más que un joven de poco más de veinte y cortas entendederas para las cosas de la escuela, y muchas para todas las demás. Se crio a sí mismo podría decirse, sus padres poco pudieron hacer por él el breve tiempo que le duraron. A los dieciséis ya estaba solo en el mundo, como decían en el pueblo, pero no era cierto, Canelo era mejor compañía que muchas personas, además era único para rastrear conejos y perdices, y le calentaba los pies por la noche. Y la Tana, dueña del pequeño establo, dulce y abundante en leche y mugidos, llenaba sus oídos de íntima conversación. Le enseñaron a leer, pero eran tantas las letras y tan poco el entusiasmo que aprendió poco y al final se olvidó de ellas y de reproducirlas en un papel, salvo las de su nombre. Era un hombre para vivir en la naturaleza, se fundía con ella, lo terreno estaba hecho para él, uno más entre pájaros, fieras y árboles. Le gustaba cazar y hacer una fogata para llenar la tripa con un conejo o una perdiz. Los huesos para Canelo, y una palmadita en su cabeza. Hubiera sido el jefe de su tribu hace miles de años, cuando la inteligencia se aplicaba directamente a la supervivencia, pero no había sido más que un mozo libre y bullanguero, de risa fácil y terrible genio. Nada de meterse con él ni mirarle a los ojos más de dos segundos, enseguida tomaba la mirada por reto y eso le había causado buen número de problemas. Ese temperamento fue el desencadenante del desastre, nadie pudo creerle cuando dijo que él no lo había hecho, que él no había matado a Malauva. Menos, además, cuando su escopeta apareció en una hondonada cubierta de maleza, cerca del río, un rayo de luz sobre el metal la descubrió, y allí estaban sus huellas. Todo se puso en contra: todos escucharon su amenaza, todos conocían su temperamento caliente, todos conocían el arma de Lázaro, con su nombre en la culata grabado a navaja, y el cartucho asesino le iba como guante a la mano. La suma de todo dictó la sentencia.

Quince años pasaron sin que la cárcel le cambiara un ápice, sumido en su cerrazón, esclavo de su pena, no era para menos. Únicamente su cuerpo se fue transformando, acomodándose a la estrechez del lugar. Pasó de ser un joven robusto, grandote, rubicundo al menor esfuerzo y emoción y frondoso pelo claro y rizado a convertirse en un hombre enjuto, apergaminado y pálido, de frente cada vez más amplia, como si guardara dentro un caudal de sabiduría. También sus ojos se cansaron pronto de no tener dónde mirar y unas lentes de montura redonda se interpusieron entre él y la realidad, gran crueldad, mejor hubiera sido seguir desenfocado. Pero todo cambió cuando conoció a Silvio. Entró con él el mar, la luz, el mundo exterior, el placer de vivir, de recordar más bien, y todo cambió en un instante. Llegó con sus ojos pintados en el cielo, una maleta llena de libros y su espíritu canalla colgado de una sonrisa franca. Dijo «buenos días» o «buenas tardes», Lázaro no lo recordaba bien, tal vez fuera ese azul en su cara lo que le recordara la mañana, todas las mañanas.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó al recién llegado.

—Por atropello con resultado de muerte y negación de socorro. Menudo drama. No podía hacer nada por él, cuando chocó contra el parabrisas quedó seco, vi su mirada fija y ausente y la boca torcida. Nada podía hacer por él y dejé que rodara hacia la cuneta. Tenía a unos tipos en mis talones, fue cuestión de vida o muerte, bueno —apuntilló—, de vida y muerte.

Deshizo el equipaje en silencio, unos cuantos objetos ocuparon su lugar en un pequeño armario y los libros se alienaron en una balda colgada en la pared como soldaditos sabios.

—¿Y a ti, por qué te encerraron? —se interesó Silvio.

—Por «desgraciao» —dijo Lázaro.

—Si fuera por eso no habría lugar en las cárceles para tanta gente. Algo habrás hecho.

—No...pero dicen que maté a un hombre.

—Eso dicen muchos, y será cierto a veces. En cualquier caso, un hombre murió, tú.

En el fondo de su ser estaba conforme, muy en el fondo. La justicia, la verdadera, toma formas diversas para restablecer el equilibrio. Había un motivo para estar allí, Lázaro llegó a comprenderlo de tanto preguntarlo a la pared. Fue como una revelación y todo se puso en su lugar, hasta él mismo, por eso estaba ahí. Muchos, muchísimos habrían hecho lo que él hizo, incluso cosas peores, pero su suerte era poder arrepentirse y pagar por ello, y con eso dejar de ser quien fue para convertirse en otro. Tenía razón el recién llegado, un hombre había muerto, pero lo que no sabía era que otro nació.

Podía dejar la penitenciaría en ese mismo momento, nada le retenía entre aquellos muros y sin embargo no se dio prisa en salir. Se puso a recoger sus cosas muy lentamente, le costó un minuto, luego se sentó a escribir unas cartas sobre la pequeña mesa de madera, frente a la pared donde colgaba una foto antigua prendida de una chincheta. «Querida Rosalía»... comenzaba la primera y allí estaba ella, mirándolo sin ver, muy lejos, a veinte años distancia, los mismos que tendría entonces. La primera a la izquierda, sentada en una roca, con un vestido ligero de pequeñas flores cosido por ella misma con los últimos rayos que entraron en sus pupilas. Siempre había sido un ángel con él, sin ella habría ido desarrapado la mayor parte del tiempo. Le cosía botones, le zurcía calcetines, le hacía remiendos, y le regañaba seria cuando los diablos de su temperamento andaban sueltos y le obligaba a recogerlos y a encerrarlos de nuevo, como si la madre muerta hablara a través de ella. Rosalía le sujetaba a la bondad del mundo para que no se descarriase, era esa hermana que no tuvo, lo que más quería después de Canelo y la Tana, no, antes, pensó.

La segunda le costó más, era para Bernardo, allí en la foto también de pie al lado de Rosalía, con el pecho descubierto, el sol esculpiendo en claroscuro su torso poderoso, brillante de calor, majestuoso, un cepo para las miradas femeninas. Miraba al frente

como extasiado, con una extraña fiebre rondándole por la cabeza. Bernardo, su amigo. Era la primera carta que le escribía, en un cajón guardaba atadas con una cinta las que él le había enviado durante veinte años, fielmente mes a mes, todas sin abrir, sin leer, primero porque no había querido leerlas, segundo porque apenas sabía, tercero porque nunca pidió a nadie que lo hiciera. Para los demás no hubo carta, aquellos muchachos en silencio encerrados en una imagen: él mismo, en el centro, detrás de él Rosario, a la derecha Salvador. Faltaba alguien, Olvido, tras la cámara, ausente y presente a un tiempo. Entró en sus vidas como entra un cuchillo caliente en la mantequilla, para mal de todos, también de ella misma.

—¿Qué vas a hacer fuera de aquí? —quiso saber Silvio, al que le quedaba poca condena por gastar. Muchas veces hablaron de hipotéticos futuros, les echaban la caña y los arrastraban hasta sus pies.

Lázaro tomó su tiempo en dar respuesta, tenía que coger fuerzas. De su pequeño armario donde cabía toda una vida sacó un plátano, un postre postergado que le servía de merienda. Le ofreció la mitad al camarada que negó con la cabeza

—No como plátanos si no los cojo yo mismo del banano. Muchos de estos son veneno, créeme, o casi.

—Me has metido el mar en la cabeza —contestó Lázaro, que no entendía cómo esa fruta podía estar emponzoñada— pero primero iré a un cabaret.

—Buena opción. ¡Ay, las mujeres!, han sido mi perdición.

—Y la mía, y la mía —repitió el ex convicto como una letanía imposible de descifrar. El marino se quedó con la parte carnal sin entender que el amigo, además, hablaba de algo misterioso.

—Si vas a... —Silvio le dio una serie de nombres, lugares donde reinaban las más hermosas hembras, por lo menos las más dispuestas y aventajadas en el viejo arte de la seducción— en cuanto salga será lo primero que haga —cerró los ojos y respiró hondo, satisfecho, como recordando— un *tête à tête* con la Charitin Boom— qué mujer—decía el marino— cómo llena el escenario

con el contoneo de sus caderas, su mirada prometedora y ese aire de mujer fatal. Para mí es la más... no sé... la más... —Lázaro comprendió instantáneamente aquella definición indefinida pero cargada de fuerza. Su compañero también guardaba alguna fotografía. Le alargó una en la que aparecía con una mujer impresionante, alta, rubia, con unas piernas enrejilladas que bajaban largas y torneadas hasta unos zapatos de aguja. Ambos tenían una copa en la mano y brindaban hacia la cámara. Tenía algunos años la imagen, el marino aparecía más joven, unos cuarenta y cinco, le calculó, atractivo en su uniforme, embelesado al lado de la cabaretera. También a Lázaro le impresionó cuando la vio. Todo su ser se removió ante aquella sonrisa como nunca había visto o no recordaba. La Charitin Boom se le quedó entre las cejas y en algún recodo de su ser: el corazón, las ingles, los sesos, no estaba seguro.

Se entendían a las mil maravillas, el culto sinvergüenza y el mozo casi analfabeto. Ambos conocían a la perfección los recovecos femeninos y los alcanzaban sin esfuerzo. Silvio había diseminado su, digamos, amor por todas las capitales con mar del globo, Lázaro había alegrado la soledad de muchas viudas, curado la frigidez de algunas beatas y echado sal y pimienta en la piel de toda solterona que no tenía la esperanza de guardar su flor para un marido que ya no llegaría.

—Llévate estos libros —el marino le tendió un par, uno con un niño sobre un planeta minúsculo pintado en la tapa, el otro con un viejo en un barca en medio del mar, las cartillas donde había vuelto a aprender a leer, y más.

—Gracias, te los guardo mejor, ya vendrás a por ellos cuando salgas, son demasiado valiosos.

—No te preocupes, puedo comprar otros.

—Sí, pero no serían los mismos.

La cárcel le había cambiado, sin duda, enderezando su naturaleza retorcida e inflamada de fuego, transformándola casi en cenizas. Era lo que le ocurría a muchos presos, a otros, en cambio, la cárcel exaltaba sus mentes atormentadas haciendo rebotar sus pen-

samientos contra sí mismos, alimentando el rencor que llevaban todos y la maldad que llevaban algunos dentro. Silvio fue el contrapunto, vino para llenarlo, no solo de letras, hasta que lo conoció no fue consciente de lo deshabitado que estaba y de lo grande que era el mundo. Le enseñó a leer, a pensar, le habló de lugares, de Música, de Historia, de sus noches en alta mar que le llevaron a lugares fuera del tiempo y el espacio. Eso era lo que más le costaba comprender a Lázaro, que creía en el suelo que veía y, acaso, en que el sol saldría de nuevo al próximo día. También él saldría a la mañana siguiente

—Tu última noche aquí, vas a dormir a gusto.

—No voy a dormir.

Cuando todo se apagó encendió una pequeña linterna, abrió la caja y comenzó a leer desde la primera hasta la última todas las cartas de Bernardo, su amigo. En la última le pedía perdón.